

## *Las Ideas no Tienen Historia*

*Fernando Valenzuela*

El filósofo de la vida, de la circunstancia, de la razón vital, del naufragio de la existencia humana y de tantas otras ideas que asombraron a nuestra época, cumplió el año recién pasado un siglo de la fecha de su nacimiento.

La deuda de la hispanidad con Ortega y Gasset (1883-1955) es enorme. De palabras elegantes y de pensamientos profundos, sus conceptos de inequívoca raíz filosófica despertaron en el hombre de estas latitudes los influjos de una metafísica dormida que yacía en el espíritu de Hispanoamérica. Lo que dijeron sus palabras y lo que dijeron sus silencios significativos, mostraron como en un espejo los contenidos inexpresados de nuestra propia alma que, a pesar del rico trasfondo que bullía en estas tierras, esperaban sólo el fiat mágico del maestro para empezar a caminar. Sus comentarios amables, próximos, de comprensión simpática hacia esta realidad americana, han sido para nosotros de un valor muy decisivo, único y excepcional, que hizo posible el autocomprenderse en los arcanos mismos de nuestra vida espiritual.

Recordemos tan sólo las palabras que pronunciara en 1928 en el Parlamento chileno, con ocasión de la invitación que le hiciera la Universidad de Chile:

“Así es como sentiría yo, si fuera chileno, la desventura que en estos días renueva trágicamente una de las facciones más dolorosas de vuestro destino. Porque tiene este Chile florido algo de Sísifo, ya que como él vive junto a una alta serranía y, como él, parece condenado a que se le venga abajo cien veces lo que su esfuerzo cien veces levantó”.

Cuando se refiere al despertar histórico de América Latina destaca el significado del *ahora* de nuestro continente, viendo en él la llegada del momento histórico para estas latitudes, no antes de ese momento porque —nos dice— cuando la tierra sobra, la historia no puede llegar.

“El tiempo corre y la vida colonial, probablemente, termina ahora, aun en sus formas más avanzadas, para América. Como está en agonía la economía

colonial así el resto de esta forma de vida. Y con la vida colonial termina el vivir en abundancia, las glebas se van llenando de hombres. La población se densifica; ya no hay tanta buena tierra libre. Ya se ha averiguado que gran parte de esta tierra libre no es buena. Mientras hay tierra de sobra la historia no podía empezar. Cuando el espacio sobra ante el hombre, reina aún la geografía que es prehistoria. La prehistoria es el paraíso, es la vida de la campaña, y el hombre en él como un detalle”(ORTEGA, 1969, p. 180).

Con todarazón, recientemente, la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación de la Universidad de Chile se desbordó en el IV Congreso de Filosofía realizado en Concepción, que rindió un destacado homenaje al gran madrileño.

De entre las sorprendentes afirmaciones que contiene el pensamiento del filósofo español hay una que queremos examinar con cierto detenimiento y que se encuentra en su trabajo *LA HISTORIA COMO SISTEMA*, obra en la que trata aspectos de gran importancia para la comprensión de su filosofía. En ese libro sostiene una interesante teoría que afirma que no hay historia de las ideas. Enseña que al oír o leer una frase lo que en verdad se entiende en último término es el sentido, lo intangible, lo que permanece. En efecto, “una doctrina es mucho más que una serie de proposiciones. Las proposiciones son frases. La frase es la proposición verbal de un ‘sentido’ —lo que solemos llamar ‘idea’ o ‘pensamiento’ ”(ORTEGA, 1962, p. 94).

Dice en otra parte “una ‘historia de las ideas’ —filosóficas, matemáticas, políticas, económicas— según suele entenderse este título es imposible. Estas ‘ideas’ repito que son sólo abstractos de ideas, no tienen historia /.../ de los abstractos no hay historia”(p. 99).

Las ideas tienen la limitación de no referirse a la vida humana, y se distancian de la historia que es “el modo de conocimiento requerido por la peculiaridad que es la vida humana”(p. 99). Ella sólo surge de una “función humana vigente, esto es, cuando funciona en el conjunto de una existencia”(p. 99). Y, en otra parte, insiste que “es en vano querer hacer historia si se elude hablar de hombres y de colectividades de hombres”(ORTEGA, 1962, p. 100).

Nos hemos detenido en estas citas, que reproducen aspectos esenciales de su pensamiento, porque son consecuencia directa de su filosofía, algunas de las cuales aparecen ya formuladas en *MEDITACIONES DEL QUIJOTE*, de 1914, su primera obra que le dio una preeminencia definitiva en el pensamiento español y americano.

En esta filosofía, lo que caracteriza al hombre es su condición de estar en el mundo, pensamiento que queda delineado con una fuerza y un vigor que no conoce otro igual. El filósofo de la vida afirma enfáticamente que lo que verdadera y auténticamente hay no es la “conciencia” y en ella las “ideas” de las cosas, sino que hay un hombre que existe en su contorno de cosas, en una circunstancia que también existe.

Se vuelve en contra de la filosofía tradicional, la del “cogito sum” cartesiano, porque el hombre no es una “res cogitans” sino una res dramática: no existe porque piensa, sino, al revés, piensa porque existe.

Comprende de la vida que no es un pasar tranquilo, un estar contemplando sin peripecia: cada cual existe náufrago en su circunstancia. En ella tiene, quiéralo o no, que bracear para sostenerse a flote. Y esto nos permite descubrir la verdadera función del intelecto y de la cultura.

El hombre y su circunstancia, de frecuente utilización en todos sus análisis fundamentales, explica con suficiencia la tesis que corrobora el porqué no puede haber una historia de las ideas.

El exige de la historia que dé cuenta de la peripecia humana, de aquello que constituye su condición cotidiana, porque es en vano hacer historia sin referirse al hombre en estas que son sus características primordiales. En cambio, la idea y el pensamiento se independizan del hombre, no lo implican en su desazonado aventurar, no lo aluden ni lo comprometen en lo que es su vida real. Aquí se encuentra la razón por la cual es imposible hacer una historia basada en estos elementos.

La idea, la verdad y el conocimiento, aunque de origen racional, se vinculan a las funciones de la vida sólo mediatamente, conectan externamente al hombre. Por conclusiones similares, el problema del ser queda también más distanciado de la vida, de modo que la realidad, la vida misma, es exterior al propio ser, lo que ciertamente lleva a pensar de dicha realidad como un intento de ser y no un ser completo. La impulsión de la vida, las urgencias del existir, su permanente precipitarse, conducen al hombre a una suerte de apremio filosófico. Este distanciamiento que se produce entre la vida y el ser no suprime, como bien se comprenderá, el problema de fondo que sigue presentándose a la indagación filosófica y no evitará —a pesar de la crítica orteguiana— el que siga vigente la pregunta filosófica por el ser de la vida, cuestión que continuará teniendo actualidad así sea que persistan estos distanciamientos y separaciones de la vida con la situación ontológica última.

Por ello nos asiste una duda: ¿en su consecuencia filosófica, en su mayor fuerza, es ésta la doctrina que propicia Ortega?, ¿niega el filósofo la posibilidad de que la idea no puede ser tratada históricamente?, ¿no se aprecian en sus palabras más el énfasis de una fecunda vivencia, la explicitación de una rica personalidad, que el atenerse al significado literal de sus palabras?, ¿no vemos acaso que en otros párrafos de su obra el mismo se encarga de desenfatar sus propios dictámenes, otorgándoles un sentido más acorde a los elementos en juego?

Se observa de estos planteamientos mucho de lo que es el carácter español de Ortega que, por cierto, no lo abandonó hasta el fin de sus días. La razón para dudar de este punto de vista tan peculiar de su modo de entender el asunto se encuentra en la relativa —o quizás absoluta posibilidad de sobrevida de una filosofía que excluye las ideas de un contexto tan importante— justo en este de

ser estimadas insuficientes en el análisis de la realidad, precisamente en el valor tan imprescindible que ellas tienen en la actividad filosófica, en la exégesis histórica y en el análisis en torno al fundamento de todos los problemas científico-filosóficos que enfrenta el hombre.

Pero también nos dice del hombre que sobrevive al naufragio de la vida humana gracias al intelecto y la cultura, ambos detentadores de un sentido originario para la vida. Son el fundamento de las funciones teóricas y prácticas del pensamiento. Estas afirmaciones desconciertan, ya que, tomadas en su sentido literal, conducen a una suerte de incomprención y pugna de su pensamiento consigo mismo cuando se las relaciona con su propia doctrina que postula esta desvinculación de las ideas con la existencia humana. Porque las ideas, el pensamiento, la cultura misma y todos los elementos de fabricación intelectual, apoyan y sostienen al hombre en la vida, sin cuya ayuda sería un naufrago sin salvación. De modo que su negativa a tomarlas en cuenta en el gestarse histórico parece injustificada y colocan al pensador español en pugna consigo mismo, además de otros textos del propio Ortega, que ayudarían a resolver el problema filosófico "in comento", al parecer no le otorgan razón y se presentan como adversarios de su propio pensamiento.

Luego entonces, hay que quitarle el apasionamiento que usa en esos escritos. Debe ser comprendido desde estratos más amplios, de mayor coherencia; el mejor intérprete de nuestra época debe a su vez ser interpretado, quitándole ahora a la letra esa fuerza que induce a la exageración y que equivoca el pensamiento del filósofo. Siempre, obviamente, en la secreta esperanza de no ser nosotros, en este vía crucis de la interpretación, la "imago mundi pervertionis", de que tanto hablaban los escritores latinos.

Un primer antecedente lo tenemos en el prólogo de Ortega a las INVESTIGACIONES LÓGICAS de Husserl, en su edición española, que corresponde a sus escritos inéditos que datan de 1929, y que ofrecen un buen hilo conductor para orientarse en esta faena interpretativa de su pensamiento. Enseguida, esta vía puede ser complementada, en esa misma dirección, a partir del análisis que él hace en la obra LA HISTORIA COMO SISTEMA, cuando se refiere al significado de la Historia de la Filosofía.

Desde un punto de vista novedoso y renovado el citado Prólogo comenta con agudeza filosófica, el valor que ha logrado la fenomenología de Husserl a partir de las INVESTIGACIONES LÓGICAS y probablemente de las IDEAS de este autor, que como sabemos fueron publicadas en 1913, años antes de que Ortega escribiera dicho Prólogo. Argumenta de la siguiente manera: la afirmación más radical del racionalismo consiste en atribuir identidad al ser y al pensar, coincidiendo el primero con la constitución del pensar, logos o ratio. Para lograr esa identidad el racionalismo se vio en la necesidad de buscar objetos "capaces de permanencia e inalterables". Pero al indagar sobre la fundamentación buscada, el racionalismo se dio cuenta que "fuera de Dios, objeto ultrarracional, sólo encontró los 'universales', los 'conceptos' ". En esta suerte de limitación del

racionalismo, que demuestra la insuficiencia en que se halla ante los objetos, piensa Ortega que la fenomenología de Husserl logra demostrar de cómo “un contenido individual—‘esta mesa negra’— es en cuanto puro fenómeno idéntico siempre a sí mismo, permanente e inalterable”.

Luego, en opinión de Ortega, el hallazgo alcanzado por la fenomenología se advierte de inmediato cuando se hace el examen del contenido individual del fenómeno, puro, cuyas cualidades de ser permanente e inalterable permiten la identidad tan buscada por el racionalismo. Pero al mismo tiempo se trata de una identidad “permanente y contingente: lo primero por su condición de individualidad del fenómeno y, lo segundo, por tratarse precisamente de un fenómeno cuya relación de identidad es no necesaria, no esencial”.

La fenomenología entonces no representa un avance del racionalismo en la forma tradicional que se espera, como se le ha tratado de fundamentar hasta ahora, esto es, buscando su apoyo en lo general, en lo universal, en la esencia, sino que ella reproduce una identidad al par permanente y contingente. Luego, el procedimiento fenomenológico no afianza ni apoya el fundamento buscado por los racionalistas porque toda esa forma de razonar que ellos utilizan es una pura magia. La fenomenología, en cambio, sí lo logra partiendo de los hechos.

Lo decisivo en la conclusión del propio Ortega es que la fenomenología, gracias al planteamiento de Husserl ha demostrado la existencia de las ideas de lo particular, de lo individual, en lo que está de acuerdo porque aquí encuentra la solución a un problema largamente buscado por él.

Ahora bien, al destacar Ortega este acierto de la fenomenología abre una posibilidad manifiesta a la historia de las ideas. Lo que tienen éstas de individual puede ser objeto de la historia misma y otro tanto ocurre con los grupos o sistema de ideas con los que se conectan. Luego, entonces, a partir de este planteamiento, las ideas tienen historia como lo demuestra la proyección del pensamiento del mismo Ortega, al filo de la conclusión de lo logrado por la fenomenología. ¿Qué valor diagnóstico tiene esta demostración? Al menos desenfatisa la sentencia negativa de Ortega—tan tajantemente expuesta— en orden a no concebir como posible las ideas de lo particular o de lo individual. Es cierto que para una dilucidación plena del asunto resta todavía un trecho de importancia que es necesario recorrer. Nunca las componendas satisfarán a pensadores de su envergadura. Más bien, se refiere este aspecto al rol que se le puede atribuir a las ideas en esa especial calidad de ser ellas soportantes de la autognosis y del conocimiento de la circunstancia de la vida humana, sujeto protagonista de la historia.

Es interesante destacar que el autor de las INVESTIGACIONES LÓGICAS, cien veces mal interpretado, se mueve sin embargo en la dirección del pensador madrileño. Al respecto, dice Robberechts, comentarista de Husserl: “no es el conocimiento lo que cuenta, sino lo que se hace con él. No la ciencia sino la vida, la expresión de sí”(p. 99). Sorprendente, porque resulta una fuerte confirmación del autor del eternismo filosófico al pensador de la vida y de la razón vital.

No obstante, sabemos que la diferencia es apreciable. Husserl piensa que “las

funciones categoriales aunque “informan” el objeto sensible lo dejan intacto en su esencia real”(p. 734), porque se mueve entre la esencia y la existencia , otorgándoles valor prioritario a las primeras y dejando a las segundas en una condición filosófica muy ancilar. Mientras que Ortega permanecerá en la existencia, como en un anclaje definitivo de su pensamiento filosófico.

Del concepto de historia de la filosofía viene otro apoyo de importancia a nuestro propósito.

Premunido de ese hermoso lenguaje que lo hizo el seductor más apetecido y famoso en su época y hasta nuestros días, cuando se refiere a la Historia de la Filosofía dice Ortega: “Ese fiero regreso a su fuente original en que se van desmenuzando, triturando todos los sistemas para asistir de nuevo a su ejemplar nacimiento, es en propia substancia la historia de la filosofía”(ORTEGA, 1962). Y en otro lugar vuelve enseguida sobre este mismo concepto que encierra enorme interés para él: “la filosofía es un esfuerzo natatorio que hace para ver flotar sobre ‘el mar de dudas’, o, con otra imagen, el tratamiento a que el hombre somete la tremebunda herida abierta en lo más profundo de su persona por la fe al marcharse” p. 119 (ORTEGA, 1962).

Ambas citas son igualmente interesantes para los propósitos que tenemos en vista porque, efectivamente, la filosofía, la idea, forma parte esencial del paisaje humano y en ninguna de esas citas se observa de parte del pensador la más mínima renuncia al no uso de lo que se presenta como el aparato racional más tradicional y vernacular de la filosofía, en la gran construcción arquitectónica que hemos visto desplegarse en Platón, Aristóteles, Kant o Hegel.

El desmenuzar, el triturar los sistemas filosóficos, el utilizar la función analítica, son metáforas que se vinculan a la función del pensar y que se yerguen como una cualidad de los grandes filósofos que, como muy bien lo sabe el propio Ortega, no será objeto de fácil renuncia por parte de la filosofía, como tampoco lo aceptará él, según lo indican sus propias palabras.

El contemplar el paso de un sistema para luego ver el nacimiento de otro nuevo, metáfora más de una vez utilizada por los grandes pensadores, nos aproxima a las funciones de síntesis del pensar último que atestiguan y acreditan las nuevas ideas que surgen a la exégesis filosófica en el devenir curioso del ser humano.

El esfuerzo natatorio es una imagen que, como tuvimos ocasión de verlo más arriba, relaciona la existencia humana directamente con la idea y la cultura, sin que Ortega haya logrado, “malgré lui”, desvincularlas suficientemente de la existencia, estableciendo con esa metáfora, eo ipso, una relación filosófica de primer orden entre la “circunstancia”, asunto primerísimo de la historia, y la idea, insuficientemente apreciada, a juicio nuestro, de su descripción histórico-filosófica. Pretendiendo olvidarse un tanto de su capacidad analítica, dejándose llevar por la convicción que tiene de la condición humana, nos confiesa luego que “la filosofía también es una fe. Consiste en creer que el hombre posee una

facultad —la razón— que le permite descubrir la auténtica realidad e instalarse en ella”(ORTEGA, 1962, p. 121).

La razón se hace presente incluso cuando el filósofo en la tarde del agrado deja de lado los instrumentos de su quehacer, lo hace todavía cuando siguiendo los impulsos de generosa humanidad se abre al camino de la fe y de la creencia. Es que no puede dejar de ser filósofo. Muestra su insatisfacción por los logros alcanzados, debe rehacerlo todo de nuevo, estar en la disposición de empezar siempre, porque lo mismo que dice de nuestra tierra florida le es aplicable a él, ya que también está en manos de Sísifo; la vida humana obliga a llevar la carga hasta la cima luego perderla, para reanudar de nuevo la dura faena desde el fondo mismo del barranco.

Postula una fe, pero es una fe filosófica. Aquella que obliga a su circunstancia a acreditarse ante el pensamiento. A pesar de la dificultad que tiene para tratar de definir lógicamente su circunstancia sobrelleva la carga, insiste en seguir siendo filósofo, a pesar de los elementos irreductibles que le presenta la vida con los que topa a cada paso en su andar reflexivo.

La idea se acredita en su vinculación con la vida, allí está su posibilidad de tener historia. Característica que también se observa en el conocimiento, a pesar de su alcance racional. Como lo hemos visto, esto obedece al concepto que el filósofo tiene de la vida. La vida no es algo simple y tampoco aislado porque, en efecto, “la vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella”(ORTEGA, 1962, p. 3). No obstante, este concepto es objeto de variadas interpretaciones. En cierta medida ésta es la suerte filosófica de aquellos pensadores que han tratado de asir la realidad utilizando categorías tan vastas y ambiciosas. La misma suerte ha corrido Dilthey que ha sido interpretado en sus ideas como contradiciendo a veces el nervio mismo de su pensamiento.

La doctrina de las ideas de Ortega se ha estudiado en estrecha relación con el pragmatismo, lo que vino a producirse debido a la concepción funcional que tiene de la idea, como asimismo de la verdad y el pensamiento.

En efecto, la idea, la verdad y el pensamiento se vinculan directamente con la vida y tienen con ella una ligazón funcional y existencial. El fundamento vital de estos conceptos induce a pensar en un origen práctico de la idea, y, más que eso, pragmático, aunque diga de ese movimiento, por declaración expresa, que se siente muy distante de la posibilidad que plantea, puesto que la sentencia que el mismo ha pasado sobre esa tendencia pareciera no dejar dudas sobre la desvinculación que siente por esa corriente filosófica ya que en la concepción pragmática “al lado de la audacia y de la ingenuidad hay algo profundamente verdadero y centrifugado” (ORTEGA, 1939, p. 398).

Entre nosotros, Millas está por una interpretación pragmática de su pensamiento. En uno de sus aspectos fundamentales el pragmatismo agota, en opinión

de nuestro autor, el sentido de toda idea y de todo pensamiento “en sus consecuencias prácticas, esto es, en un modo de acción consiguiente”(p. 398).

Esta observación del maestro chileno tiene su razón de ser cuando se compara la tesis orteguiana con la doctrina de James. Este autor destaca de las ideas que son parte de la experiencia y se hacen verdaderas en la justa medida en que nos ayudan a alcanzar satisfactoria relación con otras partes de la experiencia. La identidad que supone el prof. Millas entre el funcionalismo de la idea de Ortega y la idea como parte de la experiencia en el pragmatismo, admite, sin embargo, algunas diferenciaciones que pueden dar lugar a modalidades distintas dentro de ese orden de cosas; lo que puede ser objeto de una indagación de extremo interés porque en alguna medida este problema permite interpretar muy variados aspectos de la filosofía orteguiana. El problema no deja de tener importancia porque no ha sido extraño que algunos pensadores europeos hayan sido tildados de pragmatistas a pesar de que sus filosofías no están clasificadas bajo ese rótulo. Es interesante además porque en más de una ocasión se ha sostenido que a partir del siglo xvii ha existido en el pensamiento europeo una cierta proximidad al pragmatismo, de la que Ortega no ha sido ajeno, según lo ha demostrado el profesor Barceló en su trabajo sobre pensamiento y cultura norteamericana.

La distinción de idea y creencia en el pensamiento de Ortega ayuda también a despejar la vinculación de la primera con la vida (y con la historia que es nuestro propósito central) y demuestra el parentesco que tiene con el pragmatismo. La afirmación de que la vida tiene que “saber a que atenerse” conduce a destacar el valor de lo que representa el concepto de “vivir en la duda” y de “vivir en la creencia”, lo que nos lleva otra vez al principio de la interpretación que se había considerado en esa relación de la idea con la historia: la vida participa del mundo de las cosas, sin ser una cosa y participa del mundo del espíritu sin ser espíritu, de lo que se desprende que la vida es, en el sentido de Ortega, eso de extraño que la hace no ser cosa ni espíritu pero que los involucra directamente en su existencia.

Por otro lado, la exégesis de la duda y de la creencia ayuda a fijar el metafísico de la idea. La creencia supone el contar con una cosa, lo que otorga fijeza a la acción humana porque de alguna manera el hombre tiene que tener alguna seguridad en su trato con el mundo y eso es lo que le proporciona la creencia por esa modalidad que posee de asegurar una posibilidad de vida. La duda, en cambio, distinta a la creencia en esa peculiaridad, constata la vacilación y la incertidumbre del hombre frente al mundo, en que “el contar con” se debilita y se torna conjetural. La idea opera en esta circunstancia por lo que podríamos decir de ella que es lo que conforma la actitud mental cuando se instala en el hombre la duda que es ausencia de creencia.

En otra parte de esta misma obra se reitera este mismo concepto, afianzándolo en forma más tajante. Se afirma de las ideas que son “cosas” que el hombre se ve en la necesidad de construir reflexiva y conscientemente cuando la creencia no se presenta al hombre; la duda mantiene entonces en suspenso y vacilación su acción con el mundo.

La filosofía de Ortega, sugerente, fluida, eficaz, llenó las mentes de nuestro siglo con reflexiones, imágenes y figuras que conformaron nuestro habitar en Hispanoamérica. Nos colacionó la filosofía germánica y puso en forma española aquello que tenía su origen en el logos europeo y esa influencia logró vincularnos con Europa sin perder nuestro origen y autenticidad americana. Ese es el otro mérito indiscutible de Ortega.

#### ABSTRACTS

Professor Valenzuela looks into Ortega's thesis of the inexistence of a history of ideas, which the Spanish thinker elaborates from his principle of *man and his circumstance*. For this purpose Prof. Valenzuela formulates critical comments which he derives from Husserl's Prologue to his *Logical Investigations*, and which he applies to Ortega's work, *History as System*.

The author then discusses the relationship that has been established between Ortega's doctrine of ideas and the pragmatic paradigm, in order to distinguish between idea and belief in Ortega's system. At the same time he emphasizes the interest which Ortega awoke in Hispanic America, which contributed to a deeper knowledge of German thought, while giving a Spanish form to the European logos without betraying the sense of an American authenticity.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BARCELO, Joaquín, *El Pensamiento Filosófico en los Estados Unidos*. Revista de la Universidad de Chile. [Santiago], Año 1, N° 13, 1976, pp. 14-16.
- HUSSERL, Edmund, *Investigaciones Lógicas*. Prólogo. Revista de Occidente. Madrid, 1976. Traducido del alemán por Manuel G. Morente y José Gaos.
- MILLAS, Jorge, *La Idea de la Filosofía*, Tomo II. Ed. Universitaria, Santiago, 1970.
- ORTEGA y GASSET, José, *Obras Completas*, Revista de Occidente, Vol. VI, *Conferencias*. Ed. 1969.
- ORTEGA y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*. Alianza Editorial, Madrid, 1981.
- ORTEGA y GASSET, José, *La Historia como Sistema*. Revista de Occidente, Madrid, 1962.
- ROBBERECHTS, L., *El Pensamiento de Husserl*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F. 1968. Traducido del francés por T. Martínez.